

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 157

MADRID 14 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



NADA TEMO SI ME AMAS TODAVIA.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

IV.

EL PROSCRITO.

(Continuacion.)

Emilia se habia de-mayado; Vernon se adelantó hacia un banco de césped; la colocó en él, y sentándose á su lado la ciñó uno de sus brazos para sostenerla, mientras con los dedos oprimia y confortaba sus heladas manos. Permanecia sin movimiento, no revelándose la vida sino por la respiracion corta y trabajosa que hervia en su pecho.

— Emilia, pronunciaba, vuelve en tí: yo soy quien te habla: yo soy quien te ama, á quien creiste perdido y quien todo lo ha arrojado por volverte á ver y para huir contigo. Luego la estrechó de nuevo contra su corazon, añadiendo: Emilia ¡tengo tantas cosas que decirte! ¡Ah! si esta vuelta imprevista te produce una alegría superior á tus fuerzas ¡cuánto no habrás padecido durante nuestra ausencia! Me ha sucedido á veces vivir errante ejos de tí y sin noticias tuyas, y persuadirme de que se habria borrado de tu corazon mi recuerdo. Al atravesar esta mañana las tapias de esa finca, menos temí ser descubierto que encontrarte desleal. ¡Cuán injusto he sido! Mientras yo lo era todo para tí, mi alma ha dado cabida á otros deseos, y de tu amor solian distraerme la ambicion y la gloria. Ahora soy ya todo tuyo, para mí nada es la Francia, puesto que no podemos vivir junto con ella, y este es el destierro donde he de llamarte mi esposa. ¡Ah! respóndeme!... di que me oyes! He sembrado el oro para llegar á tus pies: á fuerza de oro he seducido á los mismos que se habian brindado á entregar mi cabeza... Esta noche, dentro de poco, dos de mis mas tenaces perseguidores, de los mas adictos en la apariencia á mis contrarios, me aguardarán en la puerta del jardin para conducirme á la playa... di que estás resuelta á seguirme... ¡Aun permaneces muda! Dios mio, despojadme de la mitad de mi espiritu para reanimar el suyo! Su corazon palpita bajo mi mano! Su aliento resbala en mi rostro, y no me responde!

¡Emilia, tú, á quien he respetado cuando tus miradas hacian hervir la sangre en mis venas; tú, que me perteneces por lo mas sagrado que hay en el mundo, por el amor y por el infortunio, recibe mi vida en este beso de esposo! y antes de imprimirle en tu frente, juro que aunque nos separemos para no volvernos á ver, mis labios no se unirán jamás con los de muger alguna.

Estremeciése Emilia al sentir aquel casto, aunque apasionado abrazo, volviéronse á abrir sus ojos, y llevó su mano á la frente como para contener su memoria, y fijar sus ideas inciertas y flotantes todavia.

— ¡Conque he vuelto á verte! exclamó azorada.

— Vernon está á tus plantas.

— ¡Oh, no despierte nunca si esto es un sueño!

— No, no es ilusion; yo soy tu amante, quien olvida en este instante todas las torturas de un año de ausencia. Si por la oscuridad de la noche no puedes reconocer mis facciones, reconócame al menos por el gozo en que rebosa mi alma, por las lágrimas de alegría que caen sobre tu mano. Yo no necesito de la luz del dia para verte, para leer en tu rostro la expresion de felicidad y de amor que te anima, y esa dulce sonrisa que asoma á tus labios como en tiempos mas felices. Te veo con los ojos del alma, y consulto solo á mi corazon para contemplarte pálida y triste por las penas que te han agoviado, pero mas hermosa que nunca. Háblame tú ahora ¡Emilia! ¿por qué no me respondes?

— ¡Ah, Vernon, si supieses!... Mi corazon se turba, y sucumbe bajo el peso de tan diversas emociones... ¡Infeliz, si te descubriese!

— Nada temo si me amas todavia.

— ¡Que si te amo! ¡Y tú me lo preguntas!

— ¡Ah! esta duda te ofende, perdóname, Emilia, oye, el tiempo urge, y los instantes son contados: dentro de una hora volveré á buscarte, y huiremos juntos.

— ¡Huir! exclamó.

Si, por arriesgado que te parezca este proyecto; todo lo tengo prevenido para su buen éxito: bien sabes que puedes fiarte de mi delicadeza. No es á mi dama á quien vengo á buscar, sino á la que es ya mi esposa ante Dios, y lo será bien pronto ante los hombres. Dentro

de pocos dias nos hallaremos en pais extranjero, y nos bendecirá la mano de un sacerdote. No temas que nos abruma la miseria, te ofrece la mano un proscrito que no necesita mendigar su sustento. Compasivo mi tio, me socorre enviándome una cantidad de dinero suficiente para vivir en oscuro retiro, y se la devolveré mas tarde con mis propios bienes. Vacilas acaso? ¿Todavia guardas silencio? Emilia, cuando nos separamos hace un año, me dijiste: Vernon, en cualquier punto donde te refugies para poner en salvo tu cabeza, estoy pronta á seguirte si consientes en ello: ¿lo has olvidado por ventura?

— No, pero entonces....

— Entonces me amabas. ¿No es verdad? interrumpió Vernon pasando con impetu de una sensacion extrema á otra, y hoy ya no: ¡Insensato de mí que fié en la lealtad de un juramento! ¡Ah! te relevo de tu promesa, y ni aun te pregunto el nombre de quien te ha hecho abjurar de tu fé.... Quería huir contigo dentro de una hora: dentro de una entregaré mi cabeza al verdugo, adios.

— Vernon, gritó abrazándose á él. ¡No te separarás de mí! ¿Cómo me hablas de ese modo? ¿Cómo me acusas cuando tuya es la perfidia? Esta carta que se ha recibido de España.

— ¿Una carta, dices?

— La jóven seducida, robada á su madre.

— No te comprendo: eso es una villanía, una calumnia inventada para perderme. ¿Quien ha escrito esa carta? ¿Como ha llegado á tus manos?

— Hablad mas bajo, dijo Marta acercándose; se os oye desde lo último de la alameda: es preciso que os separeis: vuestra tia acaba de preguntarme por vos, y la he dicho que os habiais retirado á vuestro aposento, pero puede insistir en veros; venid á casa, porque si no os encontrase... venid, venid

— Emilia, para justificarme no tengo otro documento que mi palabra, á la que tanto crédito dabas antes. ¿Soy á tus ojos culpable, ó inocente? He arrojado la muerte por volverte á ver; pongo en peligro mi vida por buscar mi tesoro y arrebatárselo á los que con tanta cobardía me acusan, ya que no puedo vengarme y confundirlos. Dime si esto te basta por

prueba de que te amo. Dentro de una hora pon luz en tu ventana, y aqui te aguardo.

— Dentro de una hora, Marta me acompañará á este sitio.

(Continuará.)



DON ALVARO MOSCOSO.

LEYENDA GALLEGA DE LA EDAD MEDIA.

I.

Era una mañana de enero de 1043.—El Sol asomando su fulgente disco en un cielo de zafir y nácar teñía de púrpura las almenas del castillo de los Condes de Altamira, al tiempo que su señor feudal don Alvaro Moscoso asomado á un torreón de la fortaleza, miraba con ansiedad hácia el camino de Pedrosa afanoso de columbrar algun objeto.

Poco rato hacia que se hallaba en esta situacion, cuando un caballero que avanzaba á todo escape, le hizo bajar precipitadamente de la almena y decir con atronadora voz á sus soldados: Flecheros, abajo el rastrillo.

—Qué tal, Gonzalo? dijo el guerrero recién venido don Alvaro conduciéndole al salon, que contestó el de Pedrosa? consiente por fin en dar la mano de su hermosa Laura al conde de Altamira?

—Al contrario, señor; tan pronto oyó el mensaje que me habia conducido á su presencia «decid á vuestro señor, me contestó el castellano con su acostumbrada calma, que nunca será esposo de mi hija».....

—Maldito viejo!! murmuró don Alvaro mordiénlose los labios de rabia; y no le has dicho porque negaba su Laura á un Señor, á un Conde que tan solo con su aliento haria volar las almenas y torreones de Pedrosa?

—Ya le dije el daño que le resultará de una negativa asi, pero nada, me contestó otra vez que jamás el disoluto y malvado Conde de Altamira....

—Basta... basta, vive el cielo!—Sal inmediatamente, ordena que se armen mis guerreros como para un combate, que me traigan mi armadura y ensillen mi troton porque juro no tornar aqui, sin dejar arrasado el castillo de Pedrosa, y cadáver entre sus escombros á su imbecil castellano. Mas aguarda, me ocurre una idea de venganza mucho mas horrorosa; tú eres hombre de maña, me has dado mil pruebas de ello....

—Y qué?
—Quiero que esta misma noche, Laura de Pedrosa duerma en este castillo, y en el mismo lecho....

—Os entiendo; interrumpió Gonzalo soltando una carcajada estrepitosa.

—Pues entonces marcha y lleva los soldados que veas mas á propósito para su captura.

Gonzalo salió del aposento, y pocos momentos despues salió de Altamira dirigiéndose á Pedrosa seguido de tres soldados.

II.

La tarde estaba apacible, el cielo azul y trasparente y pequeñas nubes de escarlata surcando lentamente por él, le daban un aire tan sublime, tan romántico que inundaba las almas de un éxtasis delicioso.—Cuarenta eran los guerreros que por lo orilla del Ulla seguian á don Tello de Pedrosa que á todo escape volaba por el camino de Altamira.

La ira y la desesperacion mas concentrada devoraban su alma horriblemente, y de tiempo en tiempo en los cabellos blancos que saian por debajo del pesado casco brillaban algunas lágrimas de amargura,... Ah! cómo no llorar el pobre anciano, si su hija, su hermosa Laura le habia sido robada por el señor mas abominable de Galicia...!

«Arríla, hijos míos!» gritó con fuerza á sus soldados al columbrar las torres de Altamira; y espoleando con furor á su corcel, bien luego con sus guerreros llegó bajo los muros del castillo.

¡Mas cual fue su asombro al ver bajado el puente levadizo, y no ver ningun flechero en las almenas cuando él creia encontrarlas atestadas de ellos, prontos á disputarle la entrada en la fortaleza! Un sudor frio bañó su rostro, la cabeza se le caia á los lados y todo giraba á su vista como si fuera á morir de repente. Apeñose de su corcel, empuñó su mohosa espada, terror un dia de la media luna y de sus contemporáneos, y seguido de sus soldados entró en el castillo ansioso de sangre!... mas ay! al cerciorarse de que aquel recinto estaba desierto, una heregia se escapó de sus labios... ¡Infeliz!!!

Atravesaba patios y salas como desesperado gritando por su hija, y solo el eco de aquellas bóvedas respondia á sus clamores. Al entrar en el salon principal del castillo la espada se le cayó de las manos, el pelo se le encrespó como si viera un espectro y cayó muerto á los pies de sus soldados....

Atónitos quedaron estos con la repentina muerte de su señor y mucho mas al ver el cadáver de su hija cosido á puñaladas sobre aquella estancia de muerte.

La infeliz tenia un pergamino en el pecho donde habia escritas estas palabras con su misma sangre: —«En una noche fué esposa mia y de mis soldados, nos hemos causado de ella y la matamos: asi se venga el conde de Altamira.» —

III.

Mientras tan horrorosa escena pasaba dentro de los muros de Altamira, se hallaba su señor feudal en el castillo de un amigo suyo celebrando con una orgia la muerte de la bella Laura, de aquella virgen encantadora que con su beladad de ángel habia inspirado tantas cántigas sublimes á mil y mil gallegos trovadores.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

AL HERCULES. (1)

¡Hélo cual va lijero, mas lijero
Que el rayo de la nube al desgajar!
¡Hélo cual vuela el bergantin velero
Por el inmenso piélagos del mar!

Hincha sus gabias vendabal furioso
Que ruge entre el velámen con furor,
Y corre como el gamo, que afanoso
Va persiguiendo en pos el cazador.

Y sube como el ave que en su vuelo
A la mansion de Dios quiere trepar,
Y baja cual centella que del cielo
Cae, y se hunde en el salobre mar.

Verle surcar por esa mar hundosa
Tan grato es para mi, tan seductor,
Como escuchar la virgen candorosa
El canto de un amado trovador.

Embravecidas olas á su paso
Parece que se quieren oponer,
Y sin sentir las cruza ni hacer caso,
Pues sabe que en el mar no ha perecer.

Que la fuerza del mar para él es poca,
Poco el furor tambien del huracan,
Que ni las olas ni la oculta roca
Retroceder al Hércules harán.

Que tempestades mil aterradoras
En alta mar el Hércules sufrió,
Fuerte cual las borrascas tronadoras
Cuya furia en sus jarcias se estrelló.

Y vuela por las ondas encrespadas
Cual vuela por el aire el gavilan,
Lo mismo le da verlas sosegadas
Como que ruja horrisono huracan.

Y surca sin temor por esos mares,
Y rie al rebramar el aquilon
Como el destino rie á los pesares
Que agovian mi inocente corazon.

Solo una noche tempestuosa, horrible,
Un rayo su trinquete destrozó,
Mas el bajel velero é impasible
su marcha velozmente continuó.

Que no le arredra el Euro embravecido
Por mas que le combata sin cesar,
Y no hay cual él ninguno mas sufrido
De cuantos buques cruzan por el mar.

Ya no se ve... que entre la espesa bruma
Despareció como una exhalacion,
Mas rápido y veloce que la pluma
Que arrebató en su furia el aquilon.

Ya no se ve!... de niebla denso velo
A mis cansados ojos le ocultó,
Tan solo le ve Dios, que desde el cielo
Le guia, como siempre le guió.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

(1) Esta composicion fue escrita por su autor una tarde al ver salir el bergantin Hércules de la Coruña para la Habana.

TEATROS.

CRUZ.

Hoy no hay funcion.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.

1.ª Sinfonia de la ópera Fra-Diavolo á completa orquesta.

2.ª Se pondrá en escena el drama nuevo de grande espectáculo original, en cuatro actos y en verso debido á la pluma de unos de nuestros primeros literatos, titulado:

GUILLELMO TELL.

PERSONAGES.

Berta Sras. Díez.
Walter Tell Lamadrid.
Guillelmo Tell Sras. Romea (D. J.)
Arnoldo Mestel Romea (D. F.)
Gesler Sobrado.
Baron Atingausen Noren.
Walter Furtz Perez.
Roberto Díez.
Ulrico Argente.
Werner Pló.
Un capataz Silbostri.
Arnoldo Paris.
Roselman Ramirez.
Un obrero Dzelay.

ACTORES.

Frantz
Otro obrero

Obreros, pueblo, conjurados, soldados-caballeros, el cuerpo de baile, acompañamiento y comparsas.

Atendida la estension del drama no puede ejecutarse ningun fin de fiesta.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.
Hoy miercoles 14 de junio, se ejecutará

Ferna. (D. J.)
Sanchez.

la ópera en tres partes, del maestro Pacini, titulada.

SAFFO.

PERSONAGES.

Climene Sras. Gariboldi.
Saffo Basso Borio.
Dirce Chelva.
Aleandro Sras. Alba.
Faone Sinico.
Ippia Fernandez.
Lisimaco Becerra.

IMPRESA DE BOIX.